

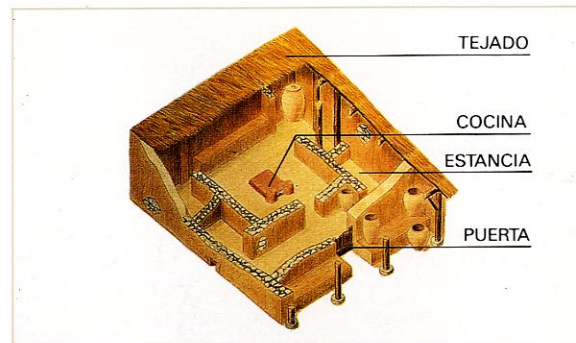
La llegada de los romanos

A mediados del s. III a. C. las gentes que viven en este poblado comienzan a ser intranquilizadas por la llegada de los cartagineses que preparan la guerra contra Roma. Vencidos, sin embargo, éstos, serán los romanos quienes emprendan la conquista de la Península. Para defenderse de ellos las gentes de El Raso trasladan su poblado, que ha sido incendiado, a un collado cercano, al pie de la Sierra. Lo fortifican con una muralla de varios metros de anchura y unos 2 km. de longitud, y lo cercan con un foso. Y en su interior levantan las nuevas casas.



Muralla del poblado.

Estas casas tienen plantas de forma cuadrada o rectangular, con la cocina en el centro y a su alrededor una serie de habitaciones complementarias. El urbanismo, muy incipiente, se reduce a adosar las viviendas unas a otras, dejando a veces entre ellas pequeños callejones para facilitar el paso del agua.



Reconstrucción gráfica de una casa de la Edad del Hierro.

Los ajuares hallados en el poblado nos hablan de una nueva etapa cultural en la que ya han desaparecido las cerámicas a mano, las armas y objetos de adorno de bronce son muy escasos, y abundantes, por el contrario, las herramientas de hierro para trabajar la tierra, la piedra, la madera, etc., con frecuencia muy similares a las de nuestros días. Entre las cerámicas destaca la aparición de unas grandes vasijas de provisiones, en las que precisamente encontramos los más antiguos testimonios de escritura en esta zona de la Meseta, en forma de marcas de alfarero o nombres indígenas.

Las gentes de El Raso viven en este poblado amurallado desde fines del s. III a mediados de I a. C., en que, conquistada, pacificada y romanizada la mayor parte de la Península, César ordena a los indígenas que derriben las fortificaciones de sus poblados y se trasladen al llano.



Herramientas de hierro del poblado.

La romanización

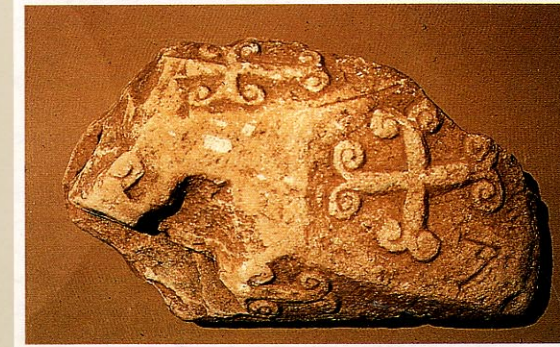
Son muy escasos los testimonios de romanización en el interior del recinto amurallado. Fuera de él, sin embargo, en el lugar donde se unen la Garganta Alardos y el río Tíetar, se ha localizado un santuario dedicado a un dios, al que los indígenas ofrecen, en latín, aras votivas romanas en cumplimiento de promesas.

La cristianización

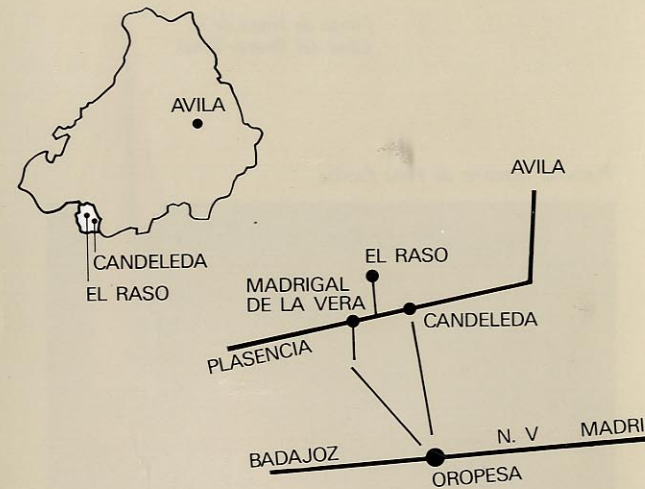
Pasando el tiempo, seguramente ya durante el período visigodo, del cual han llegado también hasta nosotros algunos restos, vemos cómo en el lugar donde estuvo el santuario dedicado al dios Vaelico, actualmente llamado Postoloboso, se levanta una ermita dedicada a San Juan, que se amplía en época gótica y que, con diversas modificaciones en su estructura y en su advocación, pues pasó a denominarse de San Bernardo, ha llegado hasta nuestros días.



Placa de cinturón de bronce visigoda.



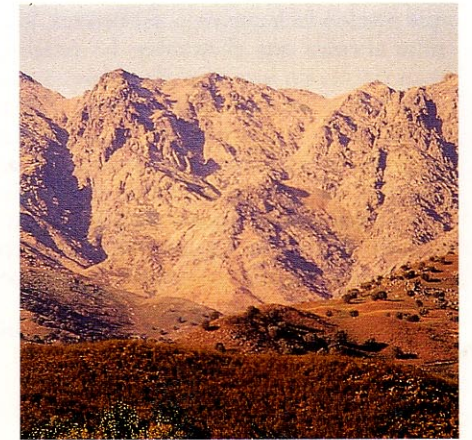
Cimacio paleocristiano de la ermita de Postoloboso.



El Raso

Candeleda, Avila

Zona Arqueológica

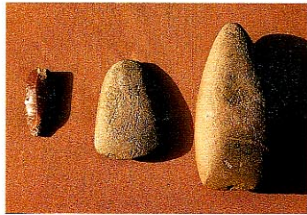


Ubicación del yacimiento al pie de la Sierra de Gredos.

Visión global del yacimiento

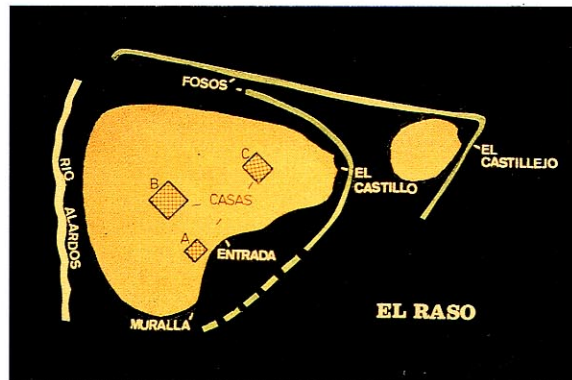
El Raso de Candeleda guarda uno de los yacimientos arqueológicos más completos de la protohistoria de la Meseta de Castilla. Está compuesto, en lo esencial, por un poblado amurallado, una necrópolis y un santuario que en conjunto podemos englobar dentro de la Edad del Hierro, aunque en detalle cada unidad tiene su propia entidad y cronología, que hacen que podamos conocer con bastante exactitud lo que fue la vida del pueblo que allí estuvo asentado a lo largo de la segunda mitad del último milenio antes de Cristo.

Y aún podemos remontarnos más, pues en su término se han encontrado restos materiales que pertenecen a la Edad del Cobre, y pinturas rupestres y armas que pueden fecharse en la del Bronce, lo cual nos permite afirmar que el hombre ha estado presente en estas tierras sin interrupción, aunque con distinta intensidad, al menos desde el tercer milenio antes de Cristo hasta época romana. Y como también de ésta, y de los primeros tiempos del cristianismo y del período visigodo conocemos elementos, podemos concluir que, con ligeros desplazamientos de la población, la vida ha seguido allí sin interrupción desde aquellos lejanos principios hasta nuestros días.



Materiales líticos de la Edad del Bronce.

Esquema de la estructura del poblado amurallado.



Los materiales más antiguos

Los materiales más antiguos que conocemos y que podemos relacionar de manera inmediata con el yacimiento, descartando por tanto los cantos tallados del Paleolítico que puedan hallarse en las terrazas del cercano Tiétar, corresponden a la Edad del Cobre y consisten en hachas de piedra pulimentada, y hojas y puntas de flecha de sílex. Se ha hablado de la existencia de algún monumento funerario megalítico, pero no ha podido ser identificado.

La Edad del Bronce

Los restos que conocemos pertenecen a las etapas finales del período, y consisten fundamentalmente en una punta de lanza, otra de flecha y diversos colgantes amorcillados, hallados todos en excavaciones, pero fuera de contexto.

A este momento deben pertenecer también, aunque no se han hallado restos arqueológicos que lo confirmen, las pinturas rupestres de «Peña Escrita», en el lugar denominado La Zorrera, un abrigo rocoso orientado al Oeste, al borde mismo de la actual carretera a la sierra. Se trata de un conjunto de pequeñas dimensiones en el que pueden observarse, con cierta dificultad, en colores rojo y negro, algunos antropomorfos, animales esquemáticos y motivos simbólicos de difícil interpretación.

Punta de lanza de la Edad del Bronce Final.



Pinturas rupestres de Peña Escrita.



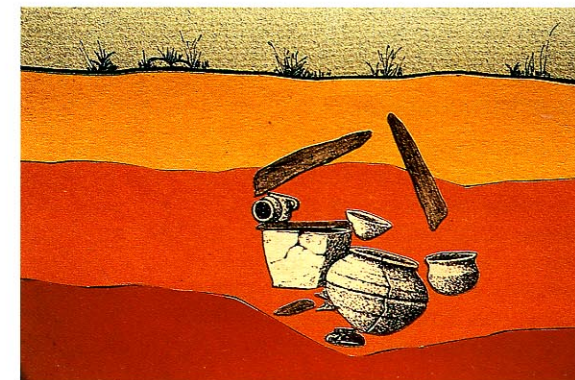
La Edad del Hierro

Es la época de mayor intensidad de vida en el yacimiento. A partir del s. V a. C. parecen comenzar a establecerse en este lugar gentes relacionadas con aquellas que hacía unos siglos habían pasado a la Península procedentes de Centroeuropa, cuyas costumbres y modos de vida conservaban en parte. Los restos más antiguos que tenemos de ellas los hallamos en sus tumbas, con ajuares en los que sólo aparecen cerámicas a mano, sencillos objetos de adorno metálicos, sobre todo brazaletes de bronce y, en ocasiones, algunas armas, siempre de hierro, espadas, falcatas, soliferrea, puntas de lanza, escudos, etc. Son siempre tumbas de incineración, que se depositan en el suelo, en hoyos previamente preparados, que se cubren después con piedras.

Ajuar cerámico de una tumba de incineración de la Edad del Hierro.



Esquema de la estructura de las tumbas de la Edad del Hierro.



Hallamos también en ellas elementos exóticos que nos indican que el pueblo allí asentado mantenía contactos sobre todo con sus más ricos vecinos del Sur, las gentes de la última etapa del período tartésico, a través de las cuales llegaron a El Raso un par de vasos griegos, una figurita etrusca de bronce, un jarrito de pasta vítrea policroma y diversas joyas de oro y plata.

Hacia mediados del s. IV a. C. hace su aparición en la zona la cerámica a torno, y desde entonces la veremos presente en la mayor parte de los ajuares funerarios.

Las gentes que se entierran con estos ajuares viven en un poblado abierto ubicado en las inmediaciones de El Raso, que sólo conocemos de manera incipiente, pues no se han realizado en él todavía excavaciones amplias.



Ungüentario de vidrio policromo orientalizante.

Figurita de bronce etrusca.

